JOSÉ ECHEGARAY

# El primer acto de un drama

CUADRO DRAMÁTICO

EN VERSO, ORIGINAL

(continuación de El prólogo de un drama)

SEGUNDA EDICION



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
**Calle del Prado, núm. 24**

1914

# EL PRIMER ACTO DE UN DRAMA

# EL PRIMER ACTO DE UN DRAMA

CUADRO DRAMÁTICO, EN VERSO

(continuación de El prólogo de un drama)

ORIGINAL DE

JOSÉ ECHEGARAY

---

Estrenado en el TEATRO DE NOVEDADES la noche del
25 de Febrero de 1895

---

**SEGUNDA EDICIÓN**

---

ADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
*Teléfono número 551*
1914

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| DOÑA MARIANA | SRA. CIRERA. |
| BEATRIZ | SRTA. PAREJO. |
| LEONELO | SR. GONZÁLEZ. |
| DON ÁLVARO | CAMPOS. |
| DON LUIS MENDOZA | TORRECILLA. |
| RODRIGO | AGUADO. |

*Escuderos, pajes y criados*

# ADVERTENCIA

Esta obra la estrenó en Barcelona la compañia de los Sres. D. Ricardo Calvo y don Donato Jiménez.

En Valladolid, la compañía de la señora Cirera y del Sr. González.

En Madrid, esta misma, según el reparto indica.



# ACTO UNICO

La escena representa un salón del castillo ó palacio fuerte de don Alvaro, á alguna distancia de Barcelona: estilo gótico, ó si no de los reyes Católicos: mejor esto último. «El frente», dividido en dos partes: á la derecha, una puerta grande que conduce á la habitación que ocupa doña Mariana: á la izquierda, una gran ventana con primorosa y gruesa reja de hierro. Primer término: á la derecha una puerta, que se supone que da á la escalera principal: esta puerta puede estar también entre el primer término y el segundo: de este lado, una mesa y sillón blasonado; á la izquierda, una gran chimenea de principios del Renacimiento Segundo término, á la izquierda, otra puerta que da á las habitaciones interiores. Adorno severo, pero de casa noble, y apropiado á la época. Todas estas anotaciones pueden modificarlas las empresas, según lo exijan las circunstancias. Es la hora de anochecer: por entre los barrotes de la reja, se ve el cielo azul: en la chimenea un resto de fuego.

## ESCENA PRIMERA

RODRIGO, escuchando á la puerta del fondo: después viene al primer término

No se oye ruido: sin duda
reposa; ¡pobre Mariana!
¡Quién la vió cuando era moza,
más pulida que la plata,
y más brillante que el sol,
y airosa como una palma,
y buena como los ángeles,
que arriba baten las alas!

¡Y quién la ve en aquel lecho
convertida en una anciana!...
Hermosa siempre, eso sí;
su cara, siempre es su cara,
pero es á modo de espíritu,
que se viste de otras galas,
que no son las de la tierra
y que á mí no se me alcanzan.
(Compungido.)
Desde que se fué Leonelo,
dije, «¡su ausencia la mata!»
¡y la mató, porque ya,
esto se acaba... se acaba!
(Secándose los ojos.)
Vamos, que no sé por qué
llegué á viejo: que me cansa
esta vida: que sin ella,
la vida es larga, ¡muy larga!
Alguien viene... debe ser
la dueña de esta morada.
Beatriz, la noble doncella:
pues también es muy gallarda
y muy buena: me *parece*
que se *parece* á Mariana.

## ESCENA II

RODRIGO; BEATRIZ por el fondo: viene del cuarto de doña Mariana

BEAT. ¿Tú por aquí, buen Rodrigo?
ROD. ¿Cómo está? (Preguntando por su ama.)
BEAT. Muy fatigada.
Al parecer, muy doliente.
¡Mira, me da mucha lástima!
¡No cesa de preguntar
por Leonelo, y su mirada
en todas partes le busca
con tan angustiosas ansias,
que sin querer, yo también
con la vista por la estancia
le busco sin conocerle!
¿Ves qué cosa tan extraña? (Sonriendo.)
ROD. Porque sois buena: muy buena:
porque sois como Mariana.

BEAT. ¿Quiere mucho á su Leonelo?
ROD. Le quiere con toda el alma.
BEAT. ¿Y es gallardo?
ROD. ¡Muy gallardo!
BEAT. ¿Y es valiente?
ROD. ¡Pues no es nada!
No hay hombre que se le ponga
frente á frente y cara á cara.
BEAT. Eso su madre me dijo:
que cuando empuña su espada
y la esgrime, ¡todos huyen!
todos, la gente más brava:
¡rufianes y caballeros,
hombres de pica y espada,
rondas, corchetes, villanos,
delante á la desvandada,
y él con su tajante fiera,
golpeándoles las espaldas.
¡Mira tú, que debe ser
su condición temeraria!
ROD. ¡En cegándose, no hay más:
hiere, acosa!...
BEAT. ¿Y también mata?
ROD. Si coge de punta, rompe:
si coge de filo, raja.
BEAT. ¿Sin detenerse?
ROD. Jamás.
BEAT. ¿Sin reparar?
ROD. No repara.
BEAT. ¿Será una fiera Leonelo?
ROD. De las selvas africanas.
BEAT. ¡Qué miedo! ¡Cuando le vea
(Todo esto con una mezcla singular de curiosidad y terror, pero con mucho interés.)
voy á temblar! ¡Si se enfada
conmigo, y rompe en furores,
soy muerta! ¡Jesús me valga!
ROD. No temáis: nunca le he visto
enojarse con las damas. (Sonriente.)
BEAT. ¿Le viste dar muerte á muchos?
ROD. A uno sólo... ¡cara á cara!
¡Pero fué horrible! Después,
emprenderla á cuchilladas
con los demás; y sabed
que estaba llena la plaza.

BEAT. ¡Qué espanto verle, Dios mío! (Pausa pequeña.)
¿Y sabes que mucho tarda?
ROD. ¿Vos le avisásteis?
BEAT. Salió
al despuntar la mañana
un hombre á darle el aviso.
ROD. Pero es que hay mucha distancia
al puerto de Barcelona,
desde esta noble morada.
BEAT. El mensajero llevó
un buen caballo, y se acaba
la tarde: son muchas horas.
Y *él*, al recibir la carta,
debió montar, y partir
como flecha disparada.
¿No dices tú que á Leonelo
ningún obstáculo ataja?
Pues dejar á Barcelona;
devorar llanos y ramblas;
cruzar bosques; pasar ríos,
y en el patio de esta casa,
desgarrando á su caballo
con la espuela ensangrentada,
penetrar, debieron ser
cosas hechas al pensarlas,
ó no es tu bravo Leonelo,
el Leonelo que pintabas.
ROD. Quizá no encontró el camino,
y se perdió en las quebradas.
BEAT. Puede ser... y acaso... sí .. (Meditando.)
La senda en dos se separa,
y si tomó por la izquierda...
Aquella figura extraña
que ví esta tarde... ¿quién sabe?
Y esto explica la tardanza.
ROD. No comprendo...
BEAT. Buen Rodrgo,
olvidé que te llamaba
tu señora.
ROD. Voy al punto.
(Beatriz queda pensativa. Rodrigo se dirige al fondo, pero se vuelve para observar á Beatiiz.)
Me recuerda á mi Mariana
esta doncella gentil.
Tan buena, y la misma gracia. (Sale.)

## ESCENA III

BEATRIZ; después DON ALVARO

Es ya de noche, pero se ve el azul del cielo por la gran reja

BEAT. (Transcurrida una pausa.)
Gente llega... si será
ese mancebo...
(Se acerca á la puerta de la derecha.)
¡Mil ansias
me acosan! .. ¡Qué hombre tan fiero!
¡Qué espanto!... ¡Que su mirada
no se fije en mí, Dios mío!
No he de verle...
(Haciendo ademán de huir. Acercándose de nuevo á la puerta.)
Mucho tarda.
¡Es mi padre!... ¡Qué alegría!
(Entra don Alvaro en traje de camino, y acompañado de dos escuderos y criados con hachones.)

ALV. (Abrazándola.)
¡Mi Beatriz! ¡Hija del ama!
Dejad luces, y salid.
(Dejando luces, y todos se retiran: los criados por la derecha, los escuderos por la izquierda haciendo sonar las espuelas: vinieron á caballo con su amo.)

BEAT. ¡Qué ansiedad, padre, tan larga!
fueron tres dias... no... más...

ALV. ¡Eterna fué la jornada!
Siempre tendiendo los brazos,
sin que á mis brazos llegara
el ángel de mis amores,
ni sus besos á mis canas.

BEAT. Tú en la alegre Barcelona,
y yo triste, abandonada.
(Con mimo y cariñosa reconvención.)

ALV. Harto lo siento.

BEAT. ¿No sabes?
hay huéspedes en la casa.

ALV. Ya lo sé: Luis de Mendoza,
mi constante camarada.

BEAT. De Flandes viene.
ALV. ¡Cabal!
BEAT. A Barcelona pasaba...
ALV. Y quiso dar un abrazo
á su amigo de la infancia.
¿Y dónde está? ¿Dónde está?
Pasaremos la velada
recordando mil locuras
y de paso mil hazañas.
BEAT. Allá dentro. Pero, escucha:
no, de don Luis no te hablaba
Son otros huéspedes, padre:
gente muy noble y muy alta.
(Con cierto misterio é interés.)
Yo presumo que hice bien:
siempre ha sido hospitalaria
tu vivienda, y fué preciso
que les franquease la entrada.
ALV. No adivino; pero cuenta.
BEAT. Pues escúchame con calma.
(Don Alvaro se sienta, mostrando algún cansancio. Beatriz, de pie á su lado ó en un taburete, como resulte mejor.)
Era una noche cruel:
retemblaba el firmamento:
mucha lluvia, mucho viento,
y granizos á granel.
Por entre esas gruesas rejas,
(Señalando á la gran reja.)
de pronto el cielo inflamado;
y tu lebrel espantado
y aguzando las orejas.
De algún gemido, el remedo:
ancha sombra muy tupida,
y yo, solita, encogida,
y muriéndome de miedo.
A los rumores lejanos,
¡qué atento siempre el oído!
el corazón, ¡qué oprimido!
¡y qué heladitas las manos!
(Coge las de su padre entre las suyas.)
Era una tormenta brava:
era un temporal deshecho:
era desplomarse el techo:
era el mundo que se acaba.

¡De dragones, un enjambre!
(Con terrores de niña medrosa, que cree y no cree lo que dice.)
¡De monstruos, una legión
que cruzan por la extensión
acosados por el hambre!
¡Unos negros, otros rojos,
(Señalando á la ventana.)
del rayo al cárdeno brillo
les ví rondar el castillo
buscando humanos despojos!
Y me afano porque ladre
tu lebrel, y les auyente;
que escuché distintamente:
«¡la dejó sola su padre!»
¡Ay qué monstruo tan feroz!
¡en los hierros, qué aletazos!
(Séñalando siempre á la reja.)
¡y sin tenerte en mis brazos,
ni al alcance de mi voz!
Si no ladra el perro... digo
lo cierto—¡el monstruo me inmola!
¡No me dejes nunca sola:
llévamé siempre contigo!
(Abrazándose á él con mucho mimo y muy cariñosa:)

ALV. ¡Que sienta espantos tan grandes
porque pasa un ruín nublado,
la hija de un viejo soldado
del viejo tercio de Flandes!
(Dice todo esto sonriendo y acariciándola.)

BEAT. Cuando en la negra extensión
arreciaba la inclemencia,
golpearon con gran violencia
el postigo del portón.
«Acaso algún peregrino.
(Repitiendo lo que ella pensó.)
Algún viandante extraviado
á quien sorprendió el nublado
en mitad de su camino.»
Mando abrir por caridad,
y una dama, una viajera,
llevada en una litera,
demanda hospitalidad.

ALV. Lo restante ya se infiere.

BEAT. Le dí albergue.
ALV Bien hiciste.
BEAT. Pero falta lo más triste:
es que la pobre se muere.
ALV Nuestra vida, Dios la tasa.
¡El es el amo, Beatriz!...
Pero al menos, la infeliz,
que muera como en su casa.
Que acuda mi capellán
y que acudan los doctores.
suyos son mis servidores:
y aquí las honras serán,
y aquí le haremos el duelo.
BEAT. Pues parece que la dama
tiene un hijo, que se llama,
según me ha dicho, *Leonelo*.
(Se queda mirando á su padre, que está algo distraido.)
¿No escuchas, padre?
ALV Ya escucho.
No importa el nombre gran cosa.
BEAT. Y la dama es muy hermosa.
ALV. Tampoco eso importa mucho.
BEAT. Leonelo trajo de Argel (Con cierto orgullo.)
presas que supo rendir.
ALV. Pues hay que hacerle venir.
BEAT. A Barcelona por él,
mandé un hombre esta mañana.
ALV. ¿No vino?
BEAT. Vendrá de fijo.
Leonelo, se llama el hijo:
(Como una gran noticia y como si ya no lo hubiera dicho varias veces.)
la madre, doña Mariana.
ALV. ¡Es singular!... ¿No ha llegado?
(Con extrañeza y como si recordase algo: lo que luego refiere.)
Pues viniendo á media rienda
á lo largo de la senda,
que llaman del renegado,
hará tres horas, no más,
escuchamos como el ruido,
que hace el escape tendido
de un caballo, y hacia atrás
todos volvimos la vista;
con que vemos, que volaba

en el potro que montaba,
como vuela rota arista
que arrebata el vendaval,
jinete que espacio anhela,
con la voz y con la espuela
hostigando al animal.
La boca, de espuma blanca;
el ijar, ensangrentado;
y *él*, el sombrero enredado
en un arbusto que arranca
del saliente de una roca
dejó, y parte del cabello;
pero sin pensar en ello,
siguió su carrera loca.
«A un lado, que éste atropella»,
grité á Tristán y á Moncasi;
y atropellándonos casi,
pasó como una centella.

BEAT. Pues era Leonelo, padre.

ALV. ¡Pues aprisa va Leonelo!

BEAT. Es el generoso anhelo
de hijo, que busca á su madre.

ALV. ¿Más cómo fué que no vino?
¡porque mira que aquel paso!...
¿reventó al caballo acaso?

BEAT. O acaso perdió el camino.

ALV. Si al llegar del bosque al centro,
tomó el mozo hacia Levante...
(Como dando la razón á su hija.)

BEAT. Pues escúcheme un instante,
que también tuve mi encuentro.
(Pequeña pausa.)
Quise pasear: por la cuenta,
me dejó muy excitada,
el ruido de la tronada,
ó el paso de la tormenta.
Salí cuando el son poniente
ya fatigado se inclina,
y rodeando la colina
con Marta, bajé á la fuente.
¡Me alejé mucho! ¡un alarde
de valor; pero sentía
tanto placer! ¡y caía
tan dulcemente la tarde!
Del sol, el rojo fanal...

del caño, el bullir sonoro...
y mil estrellitas de oro
de la fuente en el cristal...
De pronto, un contorno oscuro,
en un recodo aparece
del camino: avanza, crece,
llega cerca, y me aseguro,
que viene hacia nuestro lado,
por nuestro mismo sendero,
un jinete sin sombrero,
sobre un potro desbocado.
Ya no hay tiempo de correr;
ya no hay tiempo de gritar;
quiero el sendero dejar.
¿Y qué consigo? caer.
¡A la derecha una sima,
y por la izquierda una roca!
¡El caballo ya me toca;
el caballo ya está encima!
Entonces, casi al sentirme
por el potro pisoteada...
el jinete una parada
hizo de pronto, y en firme.
¡Qué vigorosa la mano,
y el cuerpo qué vigoroso,
y qué aliento generoso,
y qué esfuerzo sobrehumano!
Nadando el rostro en sudor
por la fatiga y el susto,
hacia un lado inclina el busto
para mirarme mejor.
Y en voz triste y anhelosa
así dice: «es mi destino;
quien se encuentra en mi camino,
mucho arriesga, niña hermosa.»
Pasó; siguió por el monte;
cruzó la arboleda umbría,
y á muy poco se perdía
en el lejano horizonte.
¡Jinete que espacio quiere;
potro deshecho á espolazos,
y un hijo que va á los brazos
de su madre que se muere!

ALV. ¡Jesús, y qué criatura!
¡Qué lance! ¡Qué destino!

«¡Su destino! ¡Su desatino!...»
Pues yo digo ¡su locura!
¿Con que por un mozalbete
tan gran peligro corriste?

BEAT. No tan grande; tú lo viste;
es un soberbio jinete.

ALV. Soltó la rienda al bridón;
y aunque él es fuerte y es ducho...

BEAT Se corre sin duda mucho
cuando arrastra el corazón.
¡Llega gente!... (Asomándose á la ventana.)
¡Viene ya!
¡Debe ser Leonelo, padre!

LEON. ¡Mi madre!... ¡Busco á mi madre!
(Desde dentro.)

CRIADO (Precediendo á Leonelo.)
Aquí don Alvaro está.

## ESCENA IV

BEATRIZ y DON ALVARO; LEONELO, con la cabeza descubierta, el pelo enmarañado, cubierto de sudor y polvo, desesperado y anhelante; en fin, como el actor crea oportuno, dada la situación, y todo lo que se ha dicho

LEON. ¡Mi madre!... ¡Señor, perderla
(A don Alvaro.)
no es posible! ¡Pronto, hablad!
¡Por compasión! ¡Por piedad!
¡Quiero verla! ¡Quiero verla!
(Mirando á todas partes. La actitud de Beatriz al entrar Leonelo, queda encomendada á la actriz.)
¡Porque vive, estoy seguro!
¿No respondéis? ¡Ay, de mí!

BEAT. Sí, vive, Leonelo, sí.

LEON. Con un acento tan puro
(Entre alegre, cortés, agradecido y siempre fuera de sí mismo.)
no se da una mala nueva.
Pedonad mi desvarío,
pero á sus brazos: Dios mío,
¿quién me guía? ¿Quién me lleva?

ALV. He llegado hace un momento...

LEON. ¡La tardanza es inhumana!

BEAT. Reposa doña Mariana. (Con cierto miedo.)
LEON. ¿Dónde?
BEAT. En aquel aposento.
LEON. ¡Madre!... (Dirigiéndose á él.)
BEAT. Me parece mal
ó arriesgado lo que intenta,
porque una emoción violenta
pudiera serle fatal.
LEON. Le traigo paz y consuelo;
le traigo fuerza y salud;
no hay filtro de más virtud
para ella, que su Leonelo.
Si le grito: «¡madre mía,
es tu Leonelo; despierta!»
¡Ha de estar muerta! pues muerta,
por mí resucitaría.
BEAT. Sin embargo... (Con timidez.)
LEON. ¡Pesia á mí;
entre una madre y un hijo,
nadie!
(Beatriz espantada se guarece en los brazos de don Alvaro.)
ALV. Pensad...
LEON. ¡Yo lo exijo!...
¿No lo dije?... ¡Ya está aquí!
(Con suprema alegría.)

## ESCENA V

DICHOS; DOÑA MARIANA, por el fondo, débil y casi moribunda

MAR ¡Leonelo!
LEON. ¡Madre! (Abrazándose.)
MAR. ¡Dios santo,
gracias por este consuelo!
LEON. ¡Por fin!
MAR. ¡Por fin, mi Leonelo!
¡Qué gallardo!
(Separándose algo para contestarle.)
LEON. ¡Seca el llanto!
MAR. ¡Pensé no verte ya más!
¡Cuánto, hijo mío, sufrí!
LEON. ¡Ya no me aparto de ti,
madre del alma, jamás!

MAR. Pues si con vida me ves,
á ese ángel se lo has debido.
(Señalando á Beatris.)
BEAT. Es mi buen padre.
(Á doña Mariana, presentando á don Alvaro.)
ALV. Rendido
y obediente á vuestros pies. (Á doña Mariana.)
LEON. Si ella tu vida salvó, (Indica á Beatriz.)
que ella la vida me pida;
que desde hoy, darle mi vida
será dar la que me dió.
(Se adelanta; se inclina ante Beatriz y tiende la mano á don Alvaro.)
ALV. Con vuestro permiso ahora
y la mejor voluntad,
para daros libertad
nos retiramos, señora.
Pero disponed sin tasa (Á los dos.)
de la casa y sus señores;
señores que, servidores,
son vuestros en esta casa.
MAR. Con toda el alma agradezco
tan generosa acogida.
LEON. Ofrecí una vez mi vida, (Á don Alvaro.)
y sólo una vez la ofrezco.
(Don Alvaro y Beatriz se retiran por la izquierda.)
ALV. (Pues Beatriz, en mi opinión,
dama es de mucha hidalguía.)
(Aparte á Beatriz.)
BEAT. Pues el mancebo, en la mía,
tiene un noble corazón.
(Aparte á su padre. Salen por la izquierda.)

## ESCENA VI

DOÑA MARIANA y LEONELO. Leonelo hace que se siente su madre, y se coloca á su lado

MAR. Al fin, al fin; ¡mentira me parece
sentirlo junto á mí! que entre mis brazos
pueda siempre que quiera, con tenderlos,
con tenderlos, no más, aprisionarlo.
LEON. ¡Madre del alma!
MAR. ¡Cuánto tiempo sola!

¡Lo que he sufrido yo! ¡lo que he llorado!
«¡Leonelo!» al despertar, y mi Leonelo
no acudía jamás á mi reclamo.
Al sentarme á la mesa, «vé, Rodrigo:
que venga mi Leonelo.» Y el anciano,
moviendo la cabeza tristemente,
murmuraba: «Señora, se ha olvidado
que en Sevilla no está. Tome, señora,
un poco de alimento.» Es muy amargo
este que aquí me das: con hiel sin duda,
no con especie y sal lo sazonaron.

LEON. ¡Madre querida!

MAR. Siempre, siempre sola.
¿El sol bajaba alegre hacia su ocaso?
pues del Guadalquivir por las orillas,
no podía pasear ni un breve rato;
que el hijo de mi vida estaba en Flandes,
y me faltaba su robusto brazo.
Yo te buscaba con febril angustia;
yo te buscaba, pero siempre en vano.
¡Ah! cuando no se encuentra el ser querido
¡qué sólo y qué vacío es el espacio!
Y venía la noche, «¡y mi Leonelo!»
gritaba yo con grito acongojado:
«¿por qué no viene, como tantas veces,
por despedida á darme y por regalo
el *beso de la noche*, que prepara
tan blandamente al sueño y al descanso?»
Y en todo así; de modo que he creído
morir sin verte más, Leonelo amado.
Pero tuvo piedad la Virgen pura;
como es madre también, cedió á mi llanto,
y moriré, hijo mío, consolada,
y alegre casi, si te tengo al lado.
(Desfalleciendo.)

LEON. Calla, madre, por Dios; no digas eso.
(Sosteniéndola.)
¿Quién habla de morir cuando empezamos
nueva vida con nuevas esperanzas,
y con otro horizonte alegre y ancho?
Mañana, al despuntar la luz del día,
los dos á Barcelona. ¿Nos has estado
en la ciudad condal? ¿No la conoces?
¡Me alegro, vive Dios! ¡Verás qué tráfico;
qué vida; qué riqueza; cuántas naves,

en el oleaje verde el negro casco,
al viento cordelaje y banderolas;
la blanca vela en el azul espacio!
¡Qué emanación salobre de las aguas
y qué olor á alquitrán! ¡qué olor tan sano!
¡Tu pobre pecho en el marino ambiente,
cómo va á dilatarse consolado!
¡La salud, la alegría, el ancho puerto,
y el sol, y el mar, mis besos y mis brazos!

MAR. ¡Ay, qué hermoso sería lo que dices!
Pero ya llega tarde; no lo alcanzo.
(Desfalleciendo otra vez.)

LEON. ¿Que no lo alcanzas tú? ¿pues quién se [opone?
¿quién nos detiene? ¿Quién nos cierra el [paso?
¡No digas tal, que siento en mis entrañas
del dolor las tenazas y los garfios!
(Desesperado.)

MAR. No hablemos de estas cosas si te afligen.
(Consolándole á su vez.)
Seremos muy felices. ¿Se han colmado
las dichas? Pues bien; las alegrías
es natural que lleguen: las aguardo...
con la sonrisa... mírame, hijo mío...
con la sonrisa... plácida... en los labios.
(Haciendo esfuerzos supremos.)
¿Te he puesto triste?... Estuve muy en- [ferma...
¡todo lo vi tan negro... tan cerrado!...
Y me coge de nuevas la alegría...
ya me iré poco á poco acostumbrando.
Háblame de tus viajes... tus proezas
en Flandes y en los puertos africanos.
¿No quieres tú que hablemos de estos lan- [ces?

LEON. Sí, madre, sí.
(Se ha quedado sombrío.)

MAR. Pues vaya, ¿no empezamos?
Ahora el triste eres tú.

LEON. No lo imagines.

MAR. ¿Primero á Flandes?

LEON. Sí.

MAR. ¿Y te admiraron
todos al ver tu sin igual bravura?

LEON. Mostré que puedo ser un buen soldado...
(Dejándose llevar de un recuerdo.)
y hasta un buen capitán.
Muchos con banda,
detrás de tu Leonelo se quedaron;
pero cerróme el paso el de Mendoza.
(Con enojo.)
MAR. ¿Don Luis?
LEON. Don Luis: y con don Luis, el [diablo
cargue, y así veremos que se lleva
al infierno, por fin, un hombre honrado.
A su tienda llamóme con misterio;
y en pie, glacial, mirando de soslayo,
así me dijo con acento duro:
«Escucha bien, mancebo: yo he jurado
*no decir lo que sé;* pero no quiero
ver tu espada desnuda en nuestro campo,
que si sus manchas *la Victoria* observa,
el laurel no caerá de nuestro lado.
Antes que llegue el día, el campamento
abandona por siempre: yo lo mando.»
MAR. ¿Y tú? (Con angustia.)
LEON. Pues yo, clavando en él la vista,
dos pasos avancé: crucé los brazos,
y repliqué: «seréis obedecido,
aunque tan necio sois, como sois bravo.»
La espalda le volví, y en breves horas,
sobre mi potro abandoné su campo.
De trecho en trecho, alguna roja hoguera
me miraba al pasar, y con sus rayos,
del parricida iluminaba el rostro,
(Con ironía cruel.)
recogiéndolos luego con espanto.
«Adiós, tercios de Flandes; cuanta gloria
pude adquirir, os cedo y os regalo.
*El maldito se va;* ya quedan limpios
el viejo tercio, y su pendón ahumado.»
MAR ¡Pobre hijo mío!...
LEON. No; si yo desdeño
cuanto al volver la vista en torno abarco.
Mi amor, para mi madre; para el mundo...
para el mundo, desprecio soberano!
(Doña Mariana quiere hablar, él la contiene, la acaricia, ríe con risa forzada y sigue.)

Después á Italia fuí, que allá Mendoza
¡voto á Luzbel! no iba á cerrarme el paso.
Pues Mendoza no fué; mas fué un alférez,
según supe después; un sevillano.
Contó lo que contó. . y en torno mío,
algo muy repulsivo, muy extraño
sentí extenderse; todos me esquivaban...
corteses, temerosos y espantados.
A mis solas, yo madre, me reía;
y de una coracina en el templado
bruñido espejo que á la luz repele,
contemplaba mi rostro muchos ratos,
preguntando al acero: «dime, dime
¿cómo es de un *parricida* el rostro pálido?»

MAR. ¡No lo eres tú, Leonelo!

LEON. No te importe;
ya me iré poco á poco acostumbrando.
Escarmenté al alférez por el pronto. .
y adiós Italia y sus hermosos campos.
A Barcelona vine; una galera
fleté, y al mar; y luego al africano
le disputé sus presas, hice varias;
barrí sus playas; y si algún corsario
de mi mástil colgaba, me decía:
«*parricida otra vez,* y aún no estoy harto.»

MAR. ¡Calla, calla por Dios! ¿Pero aquí nadie
sospecha ni te acusa? (Con ansiedad.)

LEON. Más despacio;
que un lance me ocurrió, que aún me confunde.

MAR. Pues cuenta cómo fué.

LEON. Voy á contarlo.
No lejos de Barcelona
hay una playa salvaje;
mucha pena, mucho oleaje,
mucha gaviota chillona.
La arena, el solo camino;
un lanchón junto á una estaca,
y á manera de barraca
la vivienda de un marino.
Me agradó la soledad
de la playa y su tristeza;
y me agradó la grandeza
de la azul inmensidad.
Y una y otra vez vagaba

solo, por aquél desierto,
cuando el tráfico del puerto
y del muelle me cansaba.
Bajo la pobre techumbre
de la choza, dos chicuelos,
arrastrando por los suelos,
jugueteaban de costumbre.
Y entre los agrestes picos,
y junto á la mar salada,
jornada, tras de jornada,
me hice amigo de los chicos.
Ellos conchas á granel
en la playa me cogían,
y zequíes recibían
de mis presas en Argel. (Pequeña pausa.)
Era una tarde serena;
el horizonte sin bruma,
y con cinturón de espuma
toda la faja de arena.
En el cielo, mucha calma,
y mucho azul en el mar:
y mucha ansia de soñar
sueños de amor, en el alma.
«Nadie aquí podrá venderme,
pensaba; nadie acusarme;
¿los niños?... ¡acariciarme!
¿las blandas olas?... ¡mecerme!
!Tú, que me conoces, cielo;
y tú, mar adormecida,
¡no llamaréis parricida
al parricida Leonelo!»
Y me acerqué á la cabaña,
y á los chiquillos llamé.
¡Salieron... pero noté
una expresión muy extraña
en los dos; algo muy raro!...
una actitud recelosa...
y uno dijo en voz medrosa
pero con acento claro:
«Nos ha dicho nuestra madre,
que no juguemos contigo.
¡La cruz! aparta enemigo.
(Haciendo la cruz y recordando lo que los chicos le dijeron.)
¡La cruz que mató á su padre!

Al maldito, ¡cruz y raya!
¡y la hoguera y la coroza!...»
Y metiéndose en la choza
me dejaron en la playa.
El mar, antes tan sereno,
se revuelve y cabrillea;
la voz del niño bravea
con los fragores del trueno;
ví roja el agua cercana,
y ví rojo el sol poniente...
¡en un ser, tan inocente,
sentencia tan inhumana!
(Pausa; madre é hijo quedan en silencio; él con la cabeza sobre el pecho.)

MAR. ¿Cómo se supo el fatal
secreto?

LEON. ¡Pues ya es faena
descubrirlo! Una cadena
sin un eslabón final.
A su madre... (Indicándole la madre de los chicos.)
un marinero;
al marinero, un esclavo;
al esclavo, cierto bravo;
al bravo, un pobre remero,
y de mi propia galera.
Con el rebenque le exijo,
que declare quién lo dijo.
Pues una mora hechicera
(Riendo y ponderando la hermosura de la mora; luego se verá que fué la hija de Centellas.)
huérfana de un renegado;
la madre, una gitanilla;
el padre murió en Sevilla
en un lance desdichado.
¡Para qué cansarnos, madre!
el aire, la tierra, el mar,
cuanto existe, ha de gritar:
«¡Leonelo mató á su padre!»
¡Si pongo el alma y la vida,
y la vida de los dos... (Por su madre y por él.)
que hasta engañaron á Dios,
y me juzga parricida!

MAR. No blasfemes, hijo mío;
Dios penetra en lo profundo;
y el mundo... ya sabrá el mundo

(Con misterio y energía; pero sus fuerzas se van agotando:)
la verdad; yo te lo fío.
¡Hijo, engañarte no quiero...
ya no hay tiempo que perder...
soy una pobre mujer...
la vida se va... me muero!...

LEON. ¡Madre!

MAR. Y antes de morir...

LEON. ¡Eso, no; madre adorada!

MAR. Quiero dejar conjurada
esa maldición... Decir
la verdad, y de una vez,
¡pero entera y evidente!...
«que la mancha está en mi frente
y la vergüenza en mi tez;
¡en mi tez enrojecida!»
¡Si todo me importa poco!...

LEON. ¡Calla, que me vuelvo loco!

MAR. ¡Pero no eres parricida!
Este pliego te reintegra
(Sacando un pliego.)
en tu puesto de hombre honrado,
y está todo bien probado
con cartas de Torrenegra.
Cuanto de vida quedaba
á tu madre .. aquí lo puso;
no hay nada vago.., confuso...
Dios, que mi ruego escuchaba
en su trono soberano, (Con fervor religioso.)
concedió en aquel momento,
claridad al pensamiento,
y hasta firmeza á la mano.
¡Ese pliego es la evidencia!...
se lo entregas á Mendoza,
verás cómo se alboroza
y proclama tu inocencia.
(Interrumpiendo las protestas de Leonelo.)
Si una madre dice «¡quiero!»
un hijo nunca vacila...
y así moriré tranquila...
porque, hijo mío, ¡me muero!
(Desfalleciendo.)

LÉON ¿Con trozos de tu pudor
y de tu nombre sin tacha,

tejer de nuevo la hilacha
desprendida de mi honor?
Si deshonrar á mi madre
por miedo á la gente impía,
¡es mucho más, madre mía,
que haber matado á mi padre!
¿Qué me importa ese turbión
de calumnias y recelos?
ya sabe el Dios de los cielos
que está limpio el corazón.
Si soy el que siempre fuí;
si parricida no he sido;
si á quien maté, fué á un bandido
y por defenderte á tí.
Pues bien; la razón les doy
á tantos mezquinos seres;
que haciendo lo que tú quieres
¡parricida, ya lo soy!
¡Y de qué modo, Dios santo!
¡contigo, toda pureza!
estrujando tu terneza,
y saboreando tu llanto.
¡No del ser fuerte que hiere
con irresistible embate!
¡no del padre que se bate!
¡de la madre que se muere!

MAR. ¡Leonelo!

LEON. No digas más.
¡Ese papel!

MAR. ¿Para qué? (Defendiéndolo.)

LEON. Ya lo verás.

MAR. Ya lo sé.
¡Jamás! (Levantándose y separando el pliego.)

LEON. Dices bien, ¡jamás!
Dame; que nadie lo vea.
¡Al fuego! ¡A la llamarada!
(Señalando hacia la chimenea.)
¡Tú seguirás siendo honrada,
y yo seré lo que sea!

MAR. ¡Eso no... Rodrigo, á mí!
(Huyendo; Leonelo la sigue á la vez cariñoso y desesperado.)

LEON. ¡Es preciso, madre mía!

MAR. ¡Beatriz!

LEON. ¡Perdón!

(Besándola la mano libre, pero queriéndole quitar el papel.)

MAR. ¡Es porfía
inicua! ¡Pues no!
(Desfalleciendo, pero defendiéndose.)

LEON. ¡Pues sí!

## ESCENA VII

DOÑA MARIANA y LEONELO; BEATRIZ por la izquierda; RODRIGO por el fondo

Al ver á Beatriz, Leonelo deja á su madre y cae en un sillón, cubriéndose el rostro; doña Mariana se refugia en los brazos de Beatriz; Rodrigo se acerca á su ama

BEAT. ¡Leonelo!

ROD. ¡Doña Mariana! (Pausa.)

LEON. ¡Fué locura!

BEAT. ¡Fué crueldad! (A Leonelo.)

MAR. ¡No, hija mía; fué piedad!

BEAT. ¡Pobre madre!... ¡Fué villana
acción, que no la creyera!

MAR. ¡Niña, para el pensamiento!

LEON. ¡Madre!

MAR. ¡Me falta el aliento!

BEAT. No es un hombre; es una fiera.

MAR. Leonelo, vé con Rodrigo...
preparad nuestra partida...
(Beatriz hace un ademán de oponerse: doña Mariana la contiene.)
y con el alba... La vida
se me acaba y me fatigo...
repitiendo este mandato.
Con el alba... á Barcelona.

LEON. ¡Madre! (Acercándose á ella.)

ROD. Si no le perdona
(A doña Mariana, intercediendo por Leonelo.)
su locura y su arrebato,
no saldrá nunca de aquí.

MAR. ¡Perdonarle!... ¡Está demente!
(Le abre los brazos, y Leonelo se arroja en ellos llorando.)

BEAT. (Vamos, al fin se arrepiente.) (Aparte.)

LEON. ¿Pero, me perdonas?
MAR. Sí.
(Leonelo se separa de su madre y se dirige al fondo: le sigue Rodrigo.)
LEON. ¡Hice mal!... ¡pero bien hice!
(A su madre, desde lejos.)
BEAT. (¿Este hombre, acaricia ó hiere?) (Aparte.)
LEON. ¡Ay! .. ¡que mi madre se muere;
que su rostro me lo dice!
(Sale con Rodrigo por el fondo.)

## ESCENA VIII

BEATRIZ y DOÑA MARIANA; doña Mariana da unos pasos vacilantes y sostenida por Beatriz, que acude á ella; cae en el sillón

BEAT. No atino, doña Mariana,
en el estado en que estáis,
cómo ese viaje intentáis,
tan de repente. *Mañana*,
dijísteis, y yo no sé
si es posible esa partida.
MAR. ¿Sabes tú, niña querida,
si mañana viviré?
(Movimiento de protesta en Beatriz: doña Mariana le contiene.)
Quise alejarle, no más,
porque me siento morir...
y te tengo que pedir
lo que no me negarás.
BEAT. ¡La muerte, no! ¿Quién evoca
su imagen aborrecida?
MAR. Es que tienes mucha vida;
pero yo tengo muy poca.
En fin, de cualquier manera...
¿puedo yo contar contigo?
Si tu protección consigo...
moriré... dado que muera...
tranquila... y hasta feliz.
BEAT. ¡Mi protección! ¡sombra vana! (Sonriendo.)
¿pues qué puedo yo, Mariana?
MAR. Tú puedes mucho. Beatriz.
¿Conque quieres?
BEAT. ¿Qué es querer?...

Pero en fin, no me tenía
por dama de tal valía
ni de tamaño poder.
Poco importa; cuanto soy,
por mí misma, ó por mi padre, (Muy cariñosa.)
como á dueña, como á madre,
os lo ofrezco y os lo doy.

MAR. ¡Gracias! ¡gracias!... ¡Ay, qué peso...
me vas á quitar del alma!
Ahora ya... la paz.. la calma...

BEAT. ¡Por Dios!...

MAR. Pero dame un beso.
Escucha... tú, ¿qué has pensado
de Leonelo?... ¡La verdad!

BEAT. ¡Fué muy grande su crueldad!
(Lo dice con miedo de ofender á doña Mariana, y después de vacilar mucho.)

MAR. ¡No es lo que has imaginado!

BEAT. ¡Es violento!

MAR. ¡Tiene penas
muy grandes!... Con que á ver... dime

BEAT. ¿Cómo queréis que adivine
cuando le conozco apenas?
¡Yo su conducta señalo
nada más: no la condeno:
á veces parece bueno...
pero otras... malo, muy malo! (Con terror.)
¡Su mirada es limpia y pura;
luz parece que codicia!
Con los ojos acaricia...
¡ay!... con las manos tortura.
¡Siempre que llora por vos,
Dios parece que está en él,
pero si os trata cruel,
es fiera sin ley de Dios!
Así es que yo me confundo;
que dos hombres en él viendo,
ni sus furores comprendo
ni su cariño profundo.
Mas cese vuestro dolor:
(Al notar que doña Mariana protesta y se enoja.)
no miréis acongojada;
más fe tengo en su mirada
(Con verdadero entusiasmo.)
que en su alarde de furor.

MAR. Tienes instinto divino
y adivinas la verdad.
¡Mira; la fatalidad...
su mala suerte... el destino...
algo horrible... pero injusto,
sobre mi Leonelo pesa!
Acusación que no cesa...
fantasma de ceño adusto,
que á bramidos ó muy quedo,
y siempre con malas artes,
le persigue en todas partes,
marcándole con el dedo.
Yo no te puedo explicar...
ni tú puedes comprender...
¡Te basta, niña, saber...
que yo le quiero salvar!

BEAT. Buena la intención y sana...
(Con timidez y recelo.)
pero, ¿por qué tan clemente?
¿porque es Leonelo inocente,
ó porque le amais, Mariana? (En voz baja.)

MAR. ¡Es inocente!... ¡Esa idea!... (Protestando.)
¡Esa duda!... ¡Dios me ayude!
El que lo niegue ó lo dude...
¡maldito... maldito sea!
(Fuera de sí: va perdiendo el sentido y el juicio.)

BEAT. ¡No os aflijáis!... ¡Si yo creo
que es honrado, noble y puro!
(Consolándola, animándola y viendo que desea creer en la inocencia de Leonelo.)
Le defenderé... ¡lo juro!
Pues si yo... ¡qué más deseo!

MAR. ¡Lo aseguras de tal suerte!...
(Descontenta y dudando.)

BEAT. Porque la hazaña es curiosa.
(Procurando animarla y bromeando en tanto.)
¡Yo, la débil, la medrosa,
protegiendo á un sér tan fuerte!

MAR. Toma este pliego... haz que llegue...
á donde dice...
(Dándole un pliego. Ya está en el límite de las fuerzas: empieza la agonía.)

BEAT. ¿Y no más?

MAR. No más... y así lograrás...
que la mentira... se anegue...

de la verdad... en la luz...
y que se salve... Leonelo...
¡y que su cruz... caiga al suelo!...
(Con la última energía del moribundo.)

BEAT. ¡Pues mis brazos á su cruz!
(Como si quisiera sostenerla.)
Por mi padre y por mi Dios
lo juro, doña Mariana:
¡si mi ayuda fuese vana,
será una cruz para dos!
(Dice esto sin saber lo que dice: en parte, porque lo siente; en parte, por consolar á la pobre madre.)
¡Qué cosas dije!...
(Se avergüenza y lo echa á broma.)
¡Me hechiza
la empresa! Y es claro... al fin
braveo cual paladín
que se prepara á la liza.

MAR. Sí... tu promesa es sincera...
lo estoy leyendo en tus ojos...
(Cogiéndola la cabeza, y mirándola de cerca.)
Ahora, que de mis despojos...
disponga Dios... cuando quiera.
(Le da un beso, y se desploma ya sin alientos ni fuerzas.)

BEAT. ¡Doña Mariana!...

MAR. Hija mía...
hice un esfuerzo supremo...
ya lo viste... y mucho temo
que agoté cuanto tenía...
de vida en mi pobre ser...

BEAT. ¡Rodrigo! .. ¡Leonelo!... ¡Aquí!
(Llamando al fondo.)

MAR. ¡Que venga!... ¡Que venga!... ¡Sí!

BEAT. ¡Ya viene! (Consolándola.)

MAR. ¡Le quiero ver!

BEAT. ¡Tristán!... ¡Moncasi!...
(Llamando por la izquierda.)
¡A mí, padre!...
(A dos escuderos que se asoman en el instante.)
¡Doña Mariana se muere!
(En voz baja á los mismos. Los escuderos salen.)
¡Leonelo!

MAR. ¿Pero no quiere
venir ya?... ¡Leonelo!

LEON. ¡Madre!

## ESCENA IX

DICHOS; LEONELO y RODRIGO; después DON ALVARO, DON LUIS y dos ESCUDEROS

LEON. ¿Qué tienes?
MAR. (Haciendo un último esfuerzo, abrazando á su hijo, señalando á Beatriz que estará á su lado y con sonrisa de triunfo.)
¡Entre las dos!...
¡Ya no serás parricida!...
(Alejando con las manos un poco á Beatríz, abrazando á Leonelo, y hablándole al oído.)
¡Un beso de despedida...
y hasta que nos junte Dios!
(Cae muerta.)
LEON. (Abrazándose á ella desesperado.)
¡Madre... mi madre... mi bien!...
¡alma que tanto me amó!
¡oye... que te llamo yo!
¡vamos... llamadla también! (A Beatriz.)
¡Un grito tras otro grito!
¡No lloréis!... ¡Gritad.. gritad! (A Beatriz.)
¡Alaridos, resonad...
resonad en lo infinito!
¡Que se aguarde todavía!
¡Que detenga su carrera!
¡Madre... madre... espera, espera...
no me dejes, madre mía!
(Cae llorando sobre el cuerpo de su madre.)
ALV. ¿Qué ocurre?
BEAT. ¡Mira... murió!...
(Saliéndole al encuentro llorando, y hablando en voz baja como imponiéndole silencio: señalándole.)
¡Pobre mujer!... ¡Y Leonelo...
era todo su consuelo
su madre... pues la perdió!
LUIS ¿Leonelo dices?... No hay duda...
(Acercándose un poco. Todo este grupo habla en voz baja con el respeto que la muerte impone. Leonelo siempre abrazado á su madre, llorando.)
¿Su madre? (A Beatriz.)
BEAT. Doña Mariana. (Señalando. Pausa.)

LUIS ¡Pobre Mariana!... ¡Inhumana
(En voz alta y con solemnidad.)
fué la suerte!... ¡A prueba ruda
sometió á ese pobre sér!
Muerte que todo lo igualas;
devuelve á ese ángel sus alas,
y da paz á esa mujer.
(Leonelo al oir aquella voz, vuelve algo la cabeza.)

ALV. Vistan negra vestidura
mis servidores leales,
y honremos sus funerales,
y honremos su sepultura.

BEAT. ¿Y Leonelo?
(A don Luis, como pidiendo compasión para Leonelo en voz baja.)
¡Es infinita
su pena!

LUIS Deja que llore:
(En voz alta: este es un viejo muy severo y algo imprudente.)
que se arrepienta; que implore
el perdón que necesita.

BEAT. ¡Es inocente!... ¡por él
(En voz alta y como crea la actriz que deba decirlo.)
yo respondo!... ¡su cruz lleva
sin razón!

LUIS ¿Y quién lo prueba?

ALV. ¡No comprendo!

BEAT. Este papel.
(Mostrándole el pliego.)

LEON. ¿Qué es eso?...
(Leonelo se pone de golpe de pie.)
¿Quién os lo ha dado?

BEAT. ¡Vuestra madre!

LEON. ¡Madre mía!

BEAT. Me suplicó en su agonía
que os salvase, y lo he jurado.

LEON. ¡Pues ese papel es mío!
(Acercándose á Beatriz.)

BEAT. ¡Leonelo!... (Beatriz con miedo.)

ALV. ¡Leonelo! (Queriendo interponerse.)

LEON. ¡Atrás!

LUIS ¡Lo que en él dice!...

LEON. Jamás
lo sabréis.

(Le arranca de pronto el papel á Beatriz: todos acuden á ella; él retrocede y lo arroja al fuego de la chimenea.)

¡Cadáver frío
de la madre de mi vida,
descansa al fin en la tierra!
¡Tú, la paz!... ¡Yo, eterna guerra!
¡Tú, honrada!... ¡Yo, parricida!
(Esto en voz baja al cuerpo de su madre.)
¡Resuene el fúnebre canto!
¡ardan las hachas mortuorias!...
y tu amor y tus memorias
abran surcos á mi llanto!
Y tú, niña, ángel de Dios, (A Beatriz.)
que te apiadaste de mí;
ven, y lloremos aquí
junto á mi madre, los dos.
(Beatriz se dirige á Leonelo. Don Luis la contiene.)

LUIS Con Leonelo, no.

ALV. Mendoza. (Con severidad.)
es un piadoso tributo
á la muerte.

LUIS No discuto
en tal caso.
(El mismo don Alvaro lleva á Beatriz junto al cadáver de doña Mariana.)
¡Sólo goza
de una tregua... quien tal hizo!
(A Leonelo en voz alta.)
¡entiéndelo bien, Leonelo!

LEON ¡Ni pido paz, ni consuelo:
como tregua la utilizo! (Con fiereza.)
¡Después, rómpase la valla:
ella, al descanso profundo:
(Señalando á su madre.)
y yo... solo por el mundo
riñendo eterna batalla!
(Después, con abatimiento y voz llorosa á Beatriz.)
¡Llora, niña!... ¡Agradecida
está mi madre á tu llanto!

BEAT. ¡Pobre Leonelo... Dios santo!
(Arrodillándose junto á doña Mariana.)

LEON. ¡Pobre madre de mi vida!

FIN DEL CUADRO

# OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY

*El libro talonario,* comedia en un acto, original y en verso.

*La esposa del vengador,* drama en tres actos original y en verso.

*La última noche,* drama en tres actos y un epílogo original y en verso.

*En el puño de la espada,* drama trágico en tres actos original y en verso.

*Un sol que nace y un sol que muere,* comedia en un acto original y en verso.

*Cómo empieza y cómo acaba,* drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)

*El gladiador de Rávena,* tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)

*O locura ó santidad,* drama en tres actos original y en prosa.

*Iris de paz,* comedia en un acto original y en verso.

*Para tal culpa tal pena,* drama en dos actos original y en verso.

*Lo que no puede decirse,* drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)

*En el pilar y en la cruz,* drama en tres actos original y en verso.

*Correr en pos de un ideal,* comedia original en tres actos y en verso.

*Algunas veces aquí,* drama en tres actos y en prosa.

*Morir por no despertar,* leyenda dramática original en un acto y en verso.

*En el seno de la muerte,* leyenda trágica original en tres actos y en verso.

*Bodas trágicas,* cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

*Mar sin orillas,* drama original en tres actos y en verso.

*La muerte en los labios,* drama en tres actos y en prosa.

*El gran Galeoto,* drama original en tres actos y en verso precedido de un diálogo en prosa.

*Haroldo el Normando,* leyenda trágica original en tres actos y en verso.

*Los dos curiosos impertinentes,* drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)

*Conflicto entre dos deberes,* drama en tres actos y en verso.

*Un milagro en Egipto,* estudio trágico en tres actos y en verso.

*Piensa mal... ¿y acertarás?* casi proverbio en tres actos y en verso.

*La peste de Otranto,* drama original en tres actos y en verso.

*Vida alegre y muerte triste,* drama original en tres actos y en verso.

*El bandido Lisandro,* estudio dramático en tres cuadros y en prosa.

*De mala raza,* drama en tres actos y en prosa.

*Dos fanatismos,* drama en tres actos y en prosa.

*El conde Lotario,* drama en un acto y en verso.

*La realidad y el delirio,* drama en tres actos y en prosa.

*El hijo de carne y el hijo de hierro,* drama en tres actos y en prosa.

*Lo sublime en lo vulgar,* drama en tres actos y en verso.

*Manantial que no se agota,* drama en tres actos y en verso.

*Los rígidos,* drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.

*Siempre en ridículo,* drama en tres actos y en prosa.

*El prólogo de un drama,* drama en un acto y en verso.

*Irene de Otranto,* ópera en tres actos y en verso.

*Un crítico incipiente,* capricho cómico en tres actos y en prosa.

*Comedia sin desenlace,* estudio cómico-político en tres actos y en prosa.

*El hijo de Don Juan,* drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere.*

*Sic vos non vobis ó la última limosna,* comedia rústica origina. en tres actos y en prosa.

*Mariana,* drama original en tres actos y un epílogo en prosa.

*El poder de la impotencia,* drama en tres actos y en prosa.

*A la orilla del mar,* comedia en tres actos y un epílogo en prosa.
*La rencorosa,* comedia en tres actos y en prosa.
*María-Rosa,* drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)
*Mancha que limpia,* drama trágico en cuatro actos y en prosa.
*El primer acto de un drama,* cuadro dramático en verso.
*El estigma,* drama en tres actos y en prosa.
*La cantante callejera,* apropósito lírico en un cuadro y en prosa.
*Amor salvaje,* bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.
*Semíramis ó la hija del aire,* (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.
*Tierra baja,* drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)
*La calumnia por castigo,* drama en prosa en tres actos y un prólogo.
*La duda,* drama original en tres actos y en prosa.
*El hombre negro,* drama original, en tres actos y en prosa.
*Silencio de muerte,* drama original en tres actos y en prosa.
*El loco Dios,* drama original en cuatro actos y en prosa.
*Malas herencias,* drama original en tres actos y en prosa.
*La escalinata de un trono,* drama trágico original en cuatro actos y en verso.
*La desequilibrada,* drama original en cuatro actos y en prosa.
*A fuerza de arrastrarse,* farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa
*Entre dolora y cuento,* monólogo.
*El moderno Endymión,* ídem.
*El canto de la Sirena,* ídem.
*El preferido y los cenicientos,* drama vulgar ó escenas de familia, en un prólogo y dos actos, por Librado Ezguieura.

**Precio: UNA peseta**

[illegible] POR 100 DE AUMENTO